

# LOS HILOS DE LA MEMORIA

La editorial es consciente de la necesidad  
de los recursos naturales para consumir cultura  
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.  
Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado  
un acebuche (*Olea europaea sylvestris*) en el paraje de  
El Estrecho de la Encarnación de Caravaca (Murcia)



“Los hilos de la memoria”  
© Adolfo Fernández Aguilar, 2018  
© La Fea Burguesía Ediciones, 2018  
Grupo Editorial Tres y Libros, SL  
Murcia, España.  
[www.lafeaburguesia.es](http://www.lafeaburguesia.es)

© Prólogo: Francisco Jarauta  
© Epílogo: Francisco Javier Díez de Revenga  
Coordinación editorial: Fernando Fernández (La Fea Burguesía Ediciones)  
Maquetación: Pepe Reina (Pictografía)  
Asistencia informática: Guillermo Rodríguez Macanás

Primera edición: abril de 2018

ISBN: 978 84 947994 4 0  
Depósito legal: MU 400-2018

Imprime: Pictografía  
Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# LOS HILOS DE LA MEMORIA

ADOLFO FERNÁNDEZ AGUILAR



La Fea Burguesia  
— EDICIONES —

MURCIA, 2018



*Para Conchita, el hilo  
que da sentido a mi vida*



## PRÓLOGO

De pronto tenemos la sensación de que todo se hace tiempo, es tiempo. La vida se presenta en forma de un río que discurre a través de una superficie inmensa, cuyo horizonte amplía sin límites su verdadera extensión. Sus aguas se hacen espejo y con una lógica sorprendente en él se reflejan los mil acontecimientos que uno ha vivido a lo largo de los años. Es entonces cuando decidimos contar lo vivido y para ello echamos mano de los hilos de la memoria, arrastrando hasta la página en blanco todo aquello que latentemente dormía en el magma secreto del recuerdo.

Adolfo Fernández aborda esta tarea con ejemplar maestría. Abre un espacio en su vida y da paso a momentos, encuentros, lugares...que irán adquiriendo el resplandor de las iluminaciones, que dijera Rimbaud. Aquella tarde, una voz fugitiva o el pan con aceite, el regreso a la Granada natal o el mercadillo de los domingos en El Malecón... comienzan a transformarse en lugares mágicos que con su luz iluminan la intensidad de la vida.

Otras veces la mirada se detiene en esa cartografía sentimental que de forma decisiva conserva la parte más íntima de la vida. Es ahí cuando descubrimos un sentimiento melancólico al interpretar lo vivido como un viaje de ausencias que el tiempo ya no puede recuperar. Flaubert dibujó ese mapa de los sentimientos como si fuera un jardín que conservara los perfumes más secretos que nos han seducido

de forma irresistible. Tras ellos, los nombres y sus máscaras nos recuerdan el juego que hemos vivido como parte del relato que la memoria protege.

Al mirar atrás para contarlo dos son las posibles decisiones. Componer un collage en el que se superponen los momentos, los nombres, los viajes, el hacer profesional o el más doméstico, construyendo un relato abierto en el que cada acontecimiento adquiere una singular autonomía y se proyecta en la vida con su luz propia. O ir componiendo un tapiz en el que se van tejiendo con precisión cada uno de los hilos que sumados nos permite adivinar una nueva dimensión que el nuevo conjunto prefigura. Collage o tapiz son las posibles variantes de una escritura cuyo empeño es abrazar los momentos de la vida en la secuencia que los años van depositando en el magma del tiempo.

En nuestro caso una eficaz libertad literaria sabe traer los momentos de una vida que al recordarlos reviven aquel perfume de lo vivido y que acompaña el ethos de una existencia, fiel a las ideas que, al margen del proteísmo de la voluntad, nos han guiado. Escrito con la luz de la tarde, todo adquiere una particular belleza. En la que los lectores sin duda alguna se reconocerán. Un reconocimiento que en este caso nos regala el relato del autor que ha elegido como suya la lección que Horacio sugiriera para pensar la biografía.

**Francisco Jarauta**



# LOS HILOS DE LA MEMORIA



## HILOS DE LA MEMORIA

Todo lo que era aparentemente sólido en nuestra memoria ha sucedido delante de nuestros ojos. Nuestro entorno es volátil y olvidadizo, disolviéndose velozmente con el paso de los días o las horas. Intento ahora ir retomando entre ruinas y olvidos los fugaces pequeños hilos sueltos de vivencias y reflexiones durmientes que tuvieron vigencia hace mucho o poco tiempo y estaban arrumbados en un remoto rincón de mi memoria. Pretendo abrir esa puerta de un mundo huidizo y extinguido con estas anotaciones; otras, retomaré secuencias personales que me servirán de frontón comparativo con sucesos de hoy día. Las más frecuentes serán reflexiones como flecos memorísticos, fruto de conocimientos, vivencias o lecturas, que a lo largo de la vida he ido destilando.

El hilo de la memoria nos conduce hacia algo misterioso e indefinido que no recordábamos, hasta que nos desvela sucesos que acaecieron realmente. Yo les daré voz, pero es otro ser desconocido el que me lo cuenta. A veces ese hilo se manifiesta en un perfume, un sonido, un paisaje. Todo lo que ha sucedido empieza a rememorarse así. Una vez que esté reconfortado comenzará otra tarea: la de reflexionar sobre el sentido de la vida.

Cuando atrapo el hilo del que emerge un recuerdo, intento retenerlo y valoro ese hallazgo. Sucede ahora frecuentemente en el duermevela de la alta madrugada. Llega con toda nitidez una idea, un recuerdo. Lo retengo todo prácticamente redactado. Predomina en mí, sin embargo, la autodisciplina del descanso y pospongo su escritura. Una hora después todo se ha desvanecido. Ya se ha perdido para

siempre esa perla que, apresuradamente, debiera haberla ensartado en el hilo. Fue Gustave Flaubert quien descubrió que es el hilo y no las perlas lo que hace el collar. El collar que intento componer tirando del hilo de datos biográficos, está formado de experiencias propias que he vivido y son tratadas dentro del contexto histórico y colectivo de un tiempo donde estoy en ese paisaje como si fuera una figura más. Mi memoria ha pedido la palabra.

## MOIRAS Y PARCAS

**E**n la mitología griega las Moiras eran las tres hilanderas del destino, mientras que en la mitología latina, la equivalencia de estas divinidades eran las Parcas. Las Moiras griegas se llamaban Cloto, Láquesis y Átropos. La primera hilaba con su rueca y huso la hebra del destino; la segunda medía con su vara la longitud del hilo de la vida, y la tercera cortaba el hilo de la vida. Ni siquiera Zeus, el supremo administrador del Destino de los hombres, podía alterar las competencias exclusivas de esa trinidad reguladora de la vida de cada mortal.

Las Parcas romanas que también eran tres, asumían igualmente distintas funciones. Una, regulaba el nacimiento, otra, el matrimonio y la tercera, la muerte. Nadie, ni en el cielo, el mar o la tierra, podía eludir sus designios. Ese supuesto mitológico de que el hilo de la vida de cada mortal está controlado por las Moiras, —según Herodoto y Platón—, ni el propio Zeus podía interferir esa potestad, sino algunos aspectos del destino de los mortales donde giraba todo.

Comprenderán que las Moiras me dejan un campo de actuación muy reducido en mi calidad de narrador, por lo que estos hilos de la memoria que tengo hospedados en el hipocampo de mi cerebro, están vinculados a la capacidad de recordar del ser humano, lo mismo que el libre albedrío, por lo que estoy facultado lícitamente tanto para administrar el pensamiento, como para hacer uso de la palabra.

Nada más lejos de mi ánimo que crear un problema de competencia con los otros hilos. No tienen por qué molestarte conmigo las Moiras, o las Parcas, por el manejo que

hago de los hilos, ya que no intento interferir ningún destino, sino escribir de asuntos que nos afectan a los mortales, sirviéndome de nuestras facultades comunes de recordar o discernir. Desde luego de quien no quiero saber nada, es de Átrapos o la Parca de la muerte, no vayan a venir cortando con las tijeras mi hilo vital por haberme inmiscuido en su negocio de los hilos. Así es que voy a huir como de la peste de los tenebrosos hilos negros que ellas manejan.

## ARRECIFE

Conforme voy desenredando hilo del ovillo, veo que la Escritura manda en mí y cada uno de los hilos deambula por camino diferente el uno del otro. Por eso no sé exactamente si el resultado final coincidirá con mi propósito de construir un arrecife de coral literario.

Predomina en mí la pretensión de observar qué está sucediendo conmigo mismo según pasan los días, y para qué pueda servir a alguien como referencia ayudándole a comprender mejor qué está sucediéndole ahora, por si él también se está haciendo muy mayor.

No estoy escribiendo una autobiografía estricta, pero sí voy recogiendo hilos de recuerdos colectivos donde también yo estuve presente; o sobre temas cotidianos, aparentemente minúsculos, hasta que descubro su trascendencia vital, e igualmente me enfrento a algunos asuntos pendientes que necesitan respuesta. Son historias cortas, narraciones breves, relatos de hilos sueltos, un “collage” de vivencias, a veces sentimentales, pero nunca de dramas inquietantes.

Cada día escribo más y duermo menos. Quizá estoy escribiendo tanto porque tengo la intención de no morirme nunca. De momento estas horas robadas al sueño son horas ganadas para la vida más real, porque estoy activando el pensamiento y la memoria y voy poniendo orden en los asuntos vividos observando lo que se avecina.

Me gustaría que al final los hilos se entrelazaran entre sí como los innumerables organismos de un arrecife de coral, donde los unos dependen de los otros y cualquier mínima criatura hace su tarea interactuando con todas las demás, enriqueciendo y modificando el universo donde viven.

## BARCO VELERO

Esta tarde de finales de agosto estoy solo en la casa contemplando el mar desde la terraza y voy dejándome llevar por los cambios de luz que bañan los azules aguamarina con destellos de oro. Llega el crepúsculo. Estoy aislado del mundo exterior y lleno de una sensación de paz y serenidad que me invita a navegar a bordo de ese pequeño barco de vela latina que se aleja mar adentro.

Con el pensamiento desatado me enrolo en ese barquito y es cuando tengo la certeza de que en ese reducido espacio flotante está la verdadera libertad y no en tierra firme, donde siempre te esperan diversos peligros y formas de tiranía.

Salgo a la calle para andar un poco. Al cruzar, en una encrucijada, me sobresalto con el chirrido de un seco frenazo tras de mí, acompañado del estruendoso claxon. Tontoel-pijo, le increpo al conductor. Gilipollas, me llama el otro. Pisa el acelerador. Desaparece.



## LA VOZ

**E**n mis escritos, leídos en voz alta durante su corrección final, es cuando descubro con certeza si he acertado en la narración con una mínima calidad literaria. Si son sinceros y acordes con mis convicciones, la voz lo dirá. Todo lo certificará la voz y también la cadencia de la entonación aprendida en mis tiempos de locutor de radio. La voz se resiente con el paso del tiempo y hay que cuidarla como un instrumento preciado que llevamos con nosotros, evitándole sobresaltos.

Si la voz no resuena y vibra durante la lectura, lo escrito será mediocre y empezaré de nuevo. Mi voz manda en mí. El caso es que todo el mundo dice que tengo una voz cálida, y aún todavía suena joven. Quizás esté ahí el secreto del proceso literario por el que me guío, despreciando lo ampuloso y banal, porque a través de la voz tengo la sensación de que detecto las imperfecciones, y lo escrito se convertirá en una conversación íntima y sincera con el posible lector posterior. Como locutor de radio clásico aprendí a hablar primero y desde entonces, cuando escribo, lo que estoy haciendo habitualmente es hablar.

Soy un fiel practicante de la conversación y la palabra hablada. Toda mi vida se ha regido por la voz y con ella viajo desde mi juventud donde forjé una vocación y oficio que siempre me acompañó. Escribo con esfuerzo dedicando mucho tiempo a explicar lo que pienso o siento. A veces las palabras fluyen solas, las escribo con facilidad, pero no con la agilidad de lo hablado.

Lo mío ha sido siempre la palabra dicha oralmente con la voz. Ahora la moda es la economía de palabras en sen-

tido restrictivo. Te las limitan en internet, en los artículos periodísticos y hasta en los buenos días. Lo que se lleva son los “guasap”, o algo más simple aún, los emoticonos son los que mandan. Lo que está ocurriendo se lo debemos a la revolución tecnológica que está cambiándolo todo. Hemos llegado ya al protagonismo de la inteligencia artificial donde la voz es sustituida por el imperio del mundo de los datos. De voz a datos.

Todo eso me tiene sin cuidado. Como ahora todo el tiempo es mío, sigo dándole protagonismo a la voz, porque así me doy todo yo. Hablando es cuando mejor me comunico.

## OLORES

Es misterioso que una sensación tan evanescente como los olores pueda permanecer alambicada en la memoria con el paso del tiempo. Son las fragancias que almacené durante los años de la niñez y juventud. Por ese tiempo tuve como olores misteriosos e indescifrables, el del bosque, el circo y la vieja imprenta, inculcados por Alfredo Marquerie con el que compartía el amor por el circo.

Hoy son olores de imposible localización que escapan al control estricto del debe y el haber, pero que antes se expandían con prodigalidad por los lugares abiertos llegada la primavera. Quedaron impregnados indeleblemente en mi memoria olfativa y aún hoy, esos efluvios desvanecidos, siguen venciendo el vértigo del tiempo otorgándome la dicha de ese prodigio.

Era primavera. El olor a limo fresco procedente del drenaje de la red arterial de acequias y brazales invadía la ciudad. Coincidió fraternalmente con el arrebatado estallido de los nuevos brotes que verdeaban los árboles frutales y crecían aceleradamente. El limo extraído en esa operación llamada “monda” se dejaba secar en las laderas de los cauces y por último era distribuido en el itinerario callejero de las procesiones de Semana Santa, para que los nazarenos portantes de “pasos” pudieran reafirmar pie y esparteña en el suelo.

También era primavera cuando la vaharada del ahogado de los capullos de gusanos de seda, antes de que la crisálida perforara la cápsula, volaba vertiginosamente desde los ventanales de las fábricas de hilados de seda e hijuelas, revoloteando apresuradamente por la vecindad.

Primavera, siempre sucedía en primavera. Era entonces cuando reinaba, no en monólogo solitario, sino una trilogía de aromas interpretada en armónica sinfonía que se expandía sin ningún esfuerzo, mezclando el azahar del limonero que revoloteaba prodigiosamente, con el de alfalfa fresca que se cultivaba intensivamente y el delicado efluvio del alhelí. Las tres fragancias de azahar, alfalfa y alhelí, inundaban nuestras vidas y derramaban plenitud primaveral. Se plantaban en bancales acotados llamados tablas y eran regados a manta, con el agua que nunca faltaba.

Para precisar la definición exacta olfativa de la huerta murciana profunda, rica y selvática durante la segunda mitad del siglo XX, es obligatorio sumarle a este concierto de aromas las exhalaciones del galán de noche y el jazmín, tan propios de los jardines y palacios nazaríes, como huellas históricas indelebles del pasado que también tuvimos. Ahora, transcurrido el tiempo en demasía, esas fragancias aún me acompañan vaya donde vaya, “aunque ya no pueda devolvernos la hora de esplendor en la hierba”.